

la novela»¹³. Y en ningún personaje es esto más válido que en Susana San Juan, quien vive los últimos días de su vida sumergida en candentes recuerdos.

Los recuerdos edénicos de Susana son los que tienen un signo inverso y son, como los sueños de la *Cuarraca*, de dos tipos; unos, *anteriores* a su muerte, son recuerdos de Florencio; los otros, *posteriores* a su muerte, son de Comala; éstos, relacionados con *salud física* (de la joven Susana) y *corrupción física* (de la madre tuberculosa); aquéllos, relacionados con la *corrupción moral* y la *purificación moral*.

Los recuerdos de Susana después de muerta son de regocijo y abundancia implícita (naranjos, limones, juventud, etc.), cuando deberían ser, a simple vista, de tristeza: la muerte de su madre, el ostracismo general del que son objeto Justina Díaz y Susana debido a la enfermedad contagiosa de la madre muerta; el principio de una vida *al margen de la sociedad* y en compañía de un padre con el cual hay un *desorden* en las relaciones familiares: son caracterizadas por la *codicia* (episodio de monedas de oro y esqueleto), el *egoísmo* (no quiere ceder a su hija a hombre alguno; e. g., Florencio, Pedro Páramo), y el *incesto* (sugerido en el relato, pero lógico, como transformación, dentro del contexto *codicia-egoísmo*). Pero, vista de cerca, esta inversión tiene su lógica también. Cuando regresan a Comala —atemorizado Bartolomé por la seguridad de Susana debido a la Revolución y, a consecuencia de ello, aceptando al fin la invitación constante de Pedro Páramo— Bartolomé le dice a Susana:

Allá, de donde venimos ahora, al menos te entretenías mirando el nacimiento de las cosas: nubes y pájaros, el musgo, ¿te acuerdas? Aquí en cambio no sentirás sino ese olor amarillo y ácido que parece destilar por todas partes. Y es que éste es un pueblo desdichado; untado todo de desdicha. (SIV: 5DN, pág. 87.)

Comala, pues, en las mismas condiciones que el cuerpo de Tanilo («Talpa»). Como estructura significativa, su clave está en la oposición *impureza orgánica*|*impureza moral*; Bartolomé San Juan aborrece Comala («pueblo destinado», «olor amarillo y ácido que parece destilar por todas partes») porque establece una relación con la enfermedad de su esposa (y su muerte), y el ostracismo del que fue víctima él junto a su hija. Por otra parte, el recuerdo de ésta está cargado de *ironía*: la salud circundante de la Naturaleza es inversa a la constitución orgánica de su madre (en Comala); a la vez, es inversa a la constitución moral del padre (fuera de Comala).

Susana se caracteriza por su excentricidad. Después de enterrar a la madre —y viendo llorar a Justina sobre la tumba— dice: «Vámonos, Justina; ella está en otra parte, aquí no hay más que una cosa muerta». (SIV: 1DN, pág. 81.) Anteriormente, leemos: «Creo sentir la pena de su muerte... Pero esto es falso». Esta frase es ambigua por su contexto, pero es hecha más patente por lo siguiente: «Que yo debía haber gritado; que mis manos tenían que haberse hecho pedazos estrujando su desesperación. Así hubieras tú querido que fuera... ¿Pero por qué iba a llorar?» Los vínculos que la unen a Bartolomé no son más cordiales, según se ve en SIV: 5DN, págs. 87-88.

¹³ JOSÉ DE LA COLINA: «Susana San Juan (el mito femenino en *Pedro Páramo*)», *Revista Universitaria de México*, XIX, abril de 1965, núm. 8, págs. 19-21. Nuestra cita ha sido tomada de Sommers, *op. cit.*, pág. 64.

- ¿De manera que estás dispuesta a acostarte con él?
 —Sí, Bartolomé.
 —¿No sabes que es casado y que ha tenido infinidad de mujeres?
 —Sí, Bartolomé.
 —No me digas Bartolomé. ¡Soy tu padre!

Sin embargo, Fulgor Sedano los ve llegar a la casa antigua de Pedro Páramo, inmediatamente después de que Bartolomé accede a regresar a Comala, y los pequeños ojos de Fulgor le dan a entender otra posible relación entre Bartolomé y Susana:

- ...¿Han venido los dos?
 —Sí, él y su mujer...
 —¿No será su hija?
 —Pues por el modo como la trata más bien parece su mujer.
 —Vete a dormir, Fulgor.
 —Si usted me lo permite.

La Naturaleza es, para Susana, símbolo de lo masculino-purificador. La Comala llena de naranjos y gorriones (condición inversa a la madre) se asocia *inconscientemente* con un joven —Pedro Páramo— cuyo comportamiento hacia ella siempre fue sano y amoroso. Susana nunca recuerda conscientemente a Pedro en relación a Comala; sin embargo, *él está ahí*, como lo único que ella amó en ese «desdichado» pueblo:

El día que te fuiste entendí que no te volvería a ver. Ibas teñida de rojo por el sol de la tarde, por el crepúsculo ensangrentado del cielo. Sonreías. Dejabas atrás un pueblo del que muchas veces me dijiste: «Lo quiero por ti; pero lo odio por todo lo demás, hasta por haber nacido en él». (SII: 5DN, pág. 24.)

Después de verse entre una relación singular (con Pedro Páramo, por delicada) y otra anómala (con su padre, por incestuosa), Susana se entrega a Florencio, quien en su nombre aúna naturaleza y masculinidad. Pero aún con Florencio continúa la oposición pureza/impureza, aunque en otro orden marcado por la periodicidad noche-día:

...Era temprano. El mar corría y bajaba en olas. Se desprendía de su espuma y se iba, limpio, con su agua verde, en ondas calladas.

—En el mar sólo me sé bañar desnuda —le dije.

Y él me siguió el primer día, desnudo también, fosforescente al salir del mar. No había gaviotas; sólo esos pájaros que les dicen «picos feos», que gruñen como si roncaran y que después de que sale el sol desaparecen. El me siguió el primer día y se sintió solo, a pesar de estar yo allí.

—Es como si fueras un «pico feo», uno más entre todos —me dijo—. Me gustas más en las noches, cuando estamos los dos en la misma almohada, bajo las sábanas, en la oscuridad.

Y se fue.

Volví yo. Volvería siempre. El mar moja mis tobillos y se va; moja mis rodillas, mis muslos; rodea mi cintura con su brazo suave, da vuelta sobre mis senos; se abraza de mi cuello; aprieta mis hombros. Entonces me hundo en él, entera. Me entrego a él en su fuerte batir, en su suave poseer, sin dejar pedazo.

—Me gusta bañarme en el mar —le dije.

Pero él no lo comprende.

Y al otro día estaba otra vez en el mar, purificándome. Entregándome a sus olas. (SIV: 12DN, págs. 99-100.)

La transcripción ha sido casi íntegra debido a que aquí se anudan cabos de cierta importancia. La configuración bipartita del amante es obvia: Florencio (ser nocturno) y el mar (entidad matutina). La propensión de Susana hacia lo matutino, marítimo, *purificador*, es también presentada con claridad de pleno día. Pues bien, se asocia el día «joven» con el verdor, pureza y el silencio («limpio, con su agua verde, en ondas calladas»), es decir, con estructuras significantes correlacionadas con el joven Páramo, caro amigo de la adolescencia. A la vez, se relacionan plena desnudez con el agua; la pureza del contexto tempo-elemental (día-agua) otorga otro conocimiento, la *inocencia*: «En el mar sólo me sé bañar desnuda». Con esto tenemos por resultado las siguientes oposiciones: mar/tierra, inocencia/pecado (i. e., el mar como espacio edénico; la Tierra como lugar del infierno). Los «picos feos», aves nocturnas, se encuentran en el mar como desdoblamiento natural de la pareja que acude a la playa para librarse de impurezas (pecados); pero Florencio «no lo comprende». «Es como si fueras un “pico feo” —le dice a Susana—, uno más entre todos... Me gustas más en las noches».

Florencio no se divierte en el mar ni acude a él con el mismo propósito que Susana simplemente porque Florencio es, a este punto, lo opuesto al joven Páramo en cuanto a las relaciones respectivas con Susana. Aquél sólo ve en Susana un campo erótico cuya singularidad y belleza sólo se muestran de noche—de día, Susana es común como los picos feos, «uno más entre todos»¹⁴. Y esta atracción nocturna se expresa por medio de una conjunción excesiva.

El joven Pedro es lo opuesto debido a que sus conjunciones con la joven Susana son de carácter discreto. Pedro y Susana también se bañaban juntos:

Así que te quiere a ti, Susana. Dice que jugabas con él cuando eran niños. Que ya te conoce. Que llegaron a bañarse juntos en el río cuando eran niños. (SIV: 5DN, pág. 87.)

Pero Pedro la busca de día para jugar con ella, mientras que Florencio la quiere de noche para acariciarla, poseerla. De día, Susana es común como el «pico feo» (de acuerdo a Florencio); para Pedro, Susana es lo más bello del mundo. Pedro se siente solo cuando no está con Susana; Florencio «me siguió el primer día y se sintió solo, a pesar de estar yo allí». Ahora bien, Susana morirá, confundida y enloquecida, sin recordar a Pedro-adolescente. Pedro, sin embargo, reconoce el valor de un recuerdo como el de Susana (también «purificador»), y esta astucia le servirá de único consuelo:

El creía conocerla. Y aun cuando no hubiera sido así, ¿caso no era suficiente saber que era la criatura más querida por él sobre la tierra? Y que además, y esto era lo más importante, le serviría para irse de la vida alumbrándose con aquella imagen que borraría todos los demás recuerdos. (SIV: 11DN, pág. 99.)

La contigüidad de este texto con el citado previamente resalta aún más el aspecto binario de ambos personajes: juventud de ambos moralmente inversa a la madurez,

¹⁴ La noche en Rulfo es, con frecuencia, el tiempo del adulterio o del incesto. Recuérdense las relaciones entre Felipa y Macario; cuñado y Tanila («Talpa»); don Justo Brambila y la niña Margarita («En la madrugada»); Lucas Lucatero y la Pancha («Anacleto Morones»), etc. En Rulfo, la noche no es el tiempo del amor, sino del *pecado*, de la transgresión.